

## PRÓLOGO

### Historia natural y ecología

Imagino que cada quien tendrá sus frases favoritas al comienzo de un libro. Me refiero a las que técnicamente se conocen como *incipits*, que a veces nos ofrecen brillantes versiones resumidas de las sensaciones o el ambiente que el autor ha querido llevar al libro que acabamos de abrir y en cuya lectura nos sumergimos por primera vez. La frase "*Cuando Gregor Samsa se despertó una mañana después de un sueño intranquilo...*", o la secuencia "*Hoy ha muerto mamá. O quizá ayer. No lo sé*", evocarán en muchos lectores más de lo que las frases, tomadas aisladamente, transmiten. Nos hablan del ambiente único de *La Metamorfosis* de Franz Kafka, o de esa mezcla de absurdo vital y luz mediterránea difícilmente repetible que proyectan las páginas de *El Extranjero* de Albert Camus. Los libros de ciencia, al menos los libros de ciencia estereotipados que se escriben ahora, pocas veces nos regalan *incipits* tan memorables. Los antiguos lo hacían a veces, y yo puedo, sin dudarle un momento, decir aquí cuál es mi preferido sobre cualquier otro: "*Durante el verano de 1860, me sorprendió encontrar tantos insectos pegados a las hojas de la atrapamoscas (Drosera rotundifolia) en un brezal de Sussex. Había escuchado que capturaban así a los insectos, pero no sabía nada más sobre el asunto.*" No es el comienzo de ningún libro famoso, aunque su autor sí lo sea. Se trata de la monografía de Charles Darwin sobre las plantas carnívoras, aparecida casi veinte años después de la publicación de la gran obra que le aseguró un lugar en la historia. En ese libro poco conocido para el gran público, Darwin abordó con su consabida maestría un pequeño, quizás incluso marginal, problema biológico, el de las plantas que obtienen parte de su sustento a base de comer animales. Se trata ciertamente de poco más que una curiosidad biológica si lo cuantificamos con esas divisas del capitalismo naturalista que son la biomasa o las transferencias de energía en el ecosistema. Pero las palabras simples y llanas que Darwin eligió para comenzar uno de los últimos libros de su vida resumen todo lo que, a mi juicio, le permitió entender la naturaleza

mejor que otros y cambiar para siempre nuestra manera de interrogarla: viaje a la realidad, contacto personal, observación directa y, sobre todo, sorpresa. Después habrán de venir, por supuesto, las hipótesis, los experimentos, las teorías... Pero lo que salga de ese largo y azaroso proceso sólo será valioso y duradero si su punto de arranque inicial fue el contacto directo del observador con la realidad que desencadena la sorpresa y mueve a la inquietud buscadora.

La ciencia ecológica, desarrollada como disciplina independiente a lo largo del siglo XX, fue durante la mayor parte de su historia una fiel seguidora de las maneras darwinianas de interrogar a la naturaleza, donde la observación y la sorpresa precedían siempre a las hipótesis, las mediciones y los intentos de formular leyes más o menos universales. No me atrevo a decir cuándo sucedió exactamente, pero en algún momento de la segunda mitad del siglo XX las cosas cambiaron. Las observaciones sobre la historia natural de los organismos en sus ambientes, las observaciones "porque sí", dejaron poco a poco de ser el punto de partida que alimentaba sorpresas y encendían la mecha de los estudios ecológicos. Las observaciones de historia natural comenzaron a ser miradas en el mundo académico con cierta envanecida displicencia, cuando no de una manera abiertamente despreciativa. Casi al mismo tiempo, una parte significativa de la ciencia ecológica aceptó convertirse en víctima colateral del cambio global, transmutándose en una industria forense cuya mayor aspiración intelectual es erigirse en oráculo, fedatario y rentista (todo a la vez) de invasiones, fragmentaciones, calentamientos y otras penurias ambientales por desgracia cada vez más frecuentes. Otra parte de la ciencia ecológica también se distanció, aunque por diferentes caminos, del excitante contacto directo con la realidad natural y sus sorpresas. Los practicantes de esta línea se dedicaron a producir descripciones idealizadas del mundo natural a la manera de los cuadros de Henri Rousseau, ese pintor que nunca salió de Francia ni jamás visitó una jungla pero que alcanzó gran fama por sus representaciones pictóricas de coloridas escenas selváticas. ¿Pueden los tigres o mandriles idealizados por Rousseau, con sus formas tan atractivas como ilusorias,

producir en nosotros siquiera una pizca del asombro, la curiosidad y la inquietud que despertarían la contemplación de los verdaderos tigres y mandriles que devoran, rugen y copulan? Lo dejó escrito Francis Bacon hace quinientos años: las proposiciones abstractas están siempre formadas por símbolos de nociones, de modo que cuando las nociones quedan muy lejos de los hechos cualquier proposición basada en ellas será poco fiable como descripción verdadera de la realidad. Mientras más alejados de los organismos estén ecuaciones, modelos, simulaciones, meta-análisis y demás nociones abstractas con que trabaja la "Ecología Rousseau" actual, menos fiables e informativas serán sus proposiciones, por mucho prestigio social que se insista en otorgarles.

A pesar de todo lo anterior, no debemos temer por la supervivencia de la tradición ecológica asentada sobre el contacto cercano con lo estudiado y las preguntas impulsadas por el asombro. Darwin solamente siguió la estela de una tradición milenaria. La misma que impulsó a Heródoto de Halicarnaso hace más de dos milenios a viajar por la mayoría del orbe entonces conocido para comprobar personalmente sobre el terreno lo que había de verdad en lo que otros le habían contado. La que movió a Van Leeuwenhoek a escudriñar con su rudimentario microscopio recién inventado la dentadura de paisanos poco higiénicos, descubriendo así los microbios. Esta larga trayectoria histórica me hace pensar, y espero no equivocarme confundiendo deseos con realidad, que esa manera clásica de investigar el mundo natural circundante es intrínseca a la naturaleza humana. Que tal vez sea la única capaz de satisfacer auténticamente nuestra curiosidad y que seguirá existiendo a pesar de las modas transitorias. Al abrigo de las displicencias, las miradas por encima del hombro y la asfixia financiadora que le depara ser considerada una disciplina de segundo orden, la ecología basada en la historia natural de los organismos sigue viva en su pequeño rincón, e incluso se perciben ciertos síntomas de mejoría. Conscientes de su importancia como única fuente posible de conocimientos nuevos sobre la naturaleza, muchos ecólogos profesionales empiezan a sacudirse los posibles complejos y se atreven a defender públicamente el valor insustituible de la historia

natural. Por poner un ejemplo, Robert Ricklefs, uno de los ecólogos vivos más prestigiosos, dedicaba hace muy poco un extenso ensayo a desarrollar el argumento de que "*la historia natural, consistente en observar el mundo natural y descifrar sus pautas, sigue siendo tan importante hoy para el desarrollo de la ecología y la biología evolutiva como lo fuera en los tiempos de Darwin.*" No es una opinión aislada, sino la manifestación individual de un sentir colectivo creciente, como nos demuestra la reciente instauración de una Sección de Historia Natural en el seno de la influyente Sociedad Americana de Ecología, que se refiere a la historia natural como "*el corazón y el alma de la ecología*".

Los ecólogos ibéricos con fijación naturalista hemos sido afortunados, porque nunca nos han faltado referentes ni defensores del conocimiento directo del mundo natural. Uno de esos referentes ha sido tradicionalmente la revista *Quercus*, que independiente de las modas y de las miserias de una ecología profesional cada vez más monetarizada, se adelantó hace décadas a la tendencia que hoy se vislumbra de volver a apreciar el valor intrínseco de la historia natural. Año tras año sus páginas han sido un foro inigualado para la divulgación de los resultados de investigaciones ecológicas cimentadas en la historia natural. Ejemplo del compromiso de *Quercus* con la historia natural ha sido su sección permanente "*El Detective Ecológico*", firmada por Alejandro Martínez Abraín, quien nos ha regalado una sucesión de reflexiones imaginativas y enriquecedoras sobre el funcionamiento de los sistemas naturales, combinando con maestría la didáctica, el rigor científico y, por encima de todo, una desbordante pasión por conocer la naturaleza. No conozco a nadie que la posea en semejante grado. Las complicaciones de la evolución, los engaños y peligros del sentido común y la intuición simplista cuando de entender a la naturaleza se trata, las infinitas capas de entrelazada complejidad que conforman la biosfera, los errores y falsedades de la ciencia ecológica oficial, son solo algunos de los temas recurrentes que han dado argumentos al detective ecológico para compartir con los lectores sus reflexiones sobre historia natural. El presente libro homónimo compendia todos los artículos en un único

volumen, para beneficio y disfrute de los lectores que no los conozcan, los descubrieron tarde o, simplemente, quieran releerlos o compartirlos. Me parece también que esta recopilación es más que una suma de partes. La yuxtaposición de historias crea un paisaje virtual nuevo, un mosaico formado por ideas y conceptos diversos que el lector podrá recorrer a su antojo sin tener que seguir ningún orden, tan ajeno a cualquier flecha indicadora de dirección como si caminará campo a través por una duna o un bosque. De ese paseo desordenado obtendrá ideas e inspiración, pero también valiosas incertidumbres, porque nuestro detective ecológico se empeña en decirnos que no conocemos todas las respuestas, ni tan siquiera todas las preguntas. La incertidumbre es precisamente lo que nos impulsa a mirar el mundo con más atención y de ese modo darnos cuenta de algo que nadie había visto nunca antes. Darwin lo sabía muy bien. Otear la naturaleza desde la atalaya de la perplejidad es la mejor garantía para procurarnos el incomparable disfrute de una perpetua sorpresa. La lectura de este libro proporcionará un buen entrenamiento.

Carlos M. Herrera

Vadillo-Castril, Sierra de Cazorla, enero de 2014